



## Y retractándose estuvo

Toda la tarde-noche de aquel día y la parte de la mañana del siguiente [porque paró, como es natural, por la noche para dormir, descansar y tomar fuerzas <entre incertidumbres que entre sueños [o quizás



mejor “entre pesadillas” porque pasó la mujer una noche malísima “que no le deseo – explicaría (con la hora pegada a los talones en la cola del pescado) – ni al peor de mis enemigos”<sup>1</sup> ] la estuvieron asaltando toda la noche

{con navajas y otros objetos punzantes (porque, si tenía que ser veraz, armas de fuego juraría que no las hubo; y tenía que ser veraz)} por culpa de, tan atareada con lo suyo, no haberse parado a reflexionar si sería el que aplicó el orden natural y lógico de hacer las cosas o hubiera sido más sensato tomar fuerzas primero – un par de empanadillas que habían sobrado el día anterior, en la nevera (que era ella mujer de poco comer), y un dedito de vino (tinto y en el estante del aparador, que el vino tinto, ella lo sabía, mejor a temperatura ambiente) – para, una vez reconfortada, disponer de la energía y presencia de ánimo suficientes para decidir, con resolución y sin dejarse coaccionar con protestas, si el segundo lugar se lo adjudicaba al dormir y el tercero al descansar o viceversa) y, apenas al alba, para darse una ducha y asearse y seguir con la faena que cerca ya del mediodía hubo de interrumpir de nuevo para acudir a – contrariada – abrir la puerta a la vecina que le vino preguntando por el desatascador.

- ¿El desatascador?

- Sí, porque es que, hija, no sé por qué será, pero el lavabo no me traga lo que se dice nada; y como tú en alguna ocasión...

- Ya, pero de eso hace mucho; y ahora mismo ni sé ni me importa dónde pueda estar.

<sup>1</sup> Que debía de ser, o eso entendieron por lo menos las otras mujeres de la cola (pues no consta que mujeres que no estuviesen en la cola entendieran algo o fueran tan amigas de la chatarrera como para no darse por aludidas y, en consecuencia, mosquearse) un señor bajito y con boina que había entrado en el establecimiento al mismo tiempo y cruzado, con ella y por causa de a cuál tocaba primero coger el papelito con el número, unas palabras un tanto ácidas.

- Anda, mujer – la otra –, piensa un poquito y no seas rencorosa; que la mancha de mora, siempre se ha dicho, con otra verde se quita.

- Ni un poquito ni – algo seca – un muchito porque, y perdóname que te sea tan franca, además de que ya te he dicho que el desatascador me importa un cuerno te diré que... y sé que va a parecerme muy raro, pero así son las cosas, justo en este momento estoy retractándome.

Y, sin más contemplaciones ni mediar más diálogo, dijo un hasta luego y cerró, sin portazo, para sentarse de nuevo en el sillón y seguir con lo que estaba que – maldita fuese la estampa de la vecina, y de todas las vecinas, y de todos los muy (...) desatascadores del barrio y del planeta – ahora no sabía por dónde iba con tanto interés como tenía en haberlo terminado antes de la comida] que trascurrió entre el momento en que el marido la despertó temprano cuando al levantarse la zarandó un poquito por el hombro diciendo que ya era tal hora y preguntando si había dormido bien y ella contestó que sí y el de, a eso de las once y media, hacer un alto en el camino para bajar con los compañeros del bufete a tomar un café.